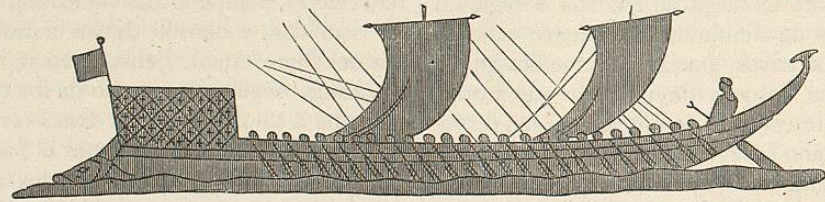


con el regreso de los oligarcas desterrados, entre los cuales el mas notable era Critias, que probablemente habia salido de Atenas antes de la caída de Alcibiades. Critias, descendiente de la antigua nobleza, educado por los sofistas, dotado de grandes conocimientos y de notable inteligencia, prudente, ingenioso, temible por su violencia, ambicioso en alto grado y acérrimo enemigo de la democracia, fué el agitador mas inconveniente para la soberanía oligárquica que se habia de crear y el miembro mas influyente del directorio de los cinco eforos revolucionarios, creado probablemente por los oligarcas antes de que se levantase el sitio de la ciudad.

Cuando todo estuvo convenientemente preparado, cuando el ejército peloponesio hubo evacuado el territorio ático, apareció con sus fuerzas en el Píreo, en el mes de junio, Lisandro que, procedente del sitio de Samos y llamado por Terámenes, consiguió violentamente que la Eclesia aceptase la proposición presentada por Draconides, en virtud de la cual el gobierno residiría en manos de treinta miembros que debían dirigir los asuntos del Estado, hasta que se estableciese la nueva constitución que estaban encargados de formar. Esos treinta, que debían ser nombrados parte por los eforos, parte por Terámenes, y parte por el resto de la Eclesia, fueron elegidos de entre los mas puros oligarcas áticos, formando gran contraste con la decarquía de Lisandro. Su nombramiento, hecho en el verano de 404, fué sancionado por Esparta, y se vió protegido por 700 hoplites lacedemonios que á las órdenes de Calibio, y con este objeto, se apoderaron durante el mes de octubre de la Acrópolis.

XXVI.—LOS CARTAGINESES EN SICILIA. LA TIRANÍA DE DIONISIO I DE SIRACUSA

Terminada aquella horrible guerra, que habia asolado toda la parte de Grecia que se extiende al Este del mar Jónico, y terminada con la renovacion del poder de los persas y con la victoria de la oligarquía establecida por Esparta, se consiguieron en Sicilia, origen de la aniquilacion de Atenas, resultados muy distintos de los que se esperaban cuando murieron Nicias y Demóstenes. Despues de la derrota sufrida por los atenienses delante de Siracusa, los pobres egesteos



Embarcacion griega de cincuenta remos (copiada de un jarron)

Ocupados los siracusanos en estas luchas intestinas, veían tranquilamente los nuevos y grandes preparativos de los cartagineses que, conducidos por Anibal y su primo Himilcon, y en número de 120,000, se arrojaron, sin hallar obstáculo alguno, sobre la rica, fértil, é importante Acragas, y se apoderaron de ella, despues de largos combates y á pesar del auxilio que por fin envió Siracusa, cuando los habitantes y los mercenarios, perdida la esperanza, se abandonaron en masa á una precipitada fuga. La angustia y la cólera que produjo en Siracusa la caída de Acragas, arrojó al demos en manos de un astuto demagogo. Un joven de noble alcurnia, el inteligente, ambicioso y atrevido Dionisio, antiguo amigo y oficial de Her-



Tropaion. (Trofeo de una moneda beocia)

quedaron indefensos y abandonados á los ataques de los selinuntinos: en tan critica situacion, invocaron el auxilio de los cartagineses, quienes, viendo que ya no se les podían oponer un Gelon ni una fuerte escuadra ática, aprovecharon con verdadero placer esta ocasion, no solo de vengar la antigua derrota de Himera, sino de tentar una conquista de los territorios siciliotas. Como los siracusanos, en su implacable odio contra Atenas, no titubearon en enviar su escuadra al Asia Menor, pudo Anibal, nieto de Amilcar, conquistar y destruir en 409 la ciudad de Selinunte; despues de lo cual, dirigióse á Himera, que tambien sintió los efectos del furor y del arte de la guerra africanos: el cruel vencedor hizo asesinar á 3,000 prisioneros en venganza de la derrota sufrida en aquel mismo punto por su abuelo.

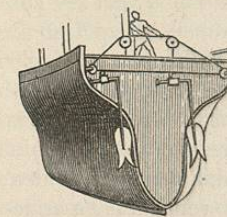
Habiase, en el entretanto, sublevado al Oeste de Sicilia, una antigua provincia cartaginesa ó *epicracia*, y las antiguas tribus de la isla, los sicilianos y los sicelios, en su odio contra la soberanía griega, se habian unido con los cartagineses. Desgraciadamente la poderosa Siracusa, la primera potencia de Sicilia, se hallaba desgarrada por luchas intestinas. La victoria conseguida sobre los atenienses habia despertado en gran manera el sentimiento de independencia de la democracia, y durante la ausencia de Hermócrates, que esgrimia sus armas en las costas asiáticas, el partido del pueblo habia conseguido el poder que mantenía, gracias á la nueva legislación, por otra parte muy rigurosa para los delitos comunes, promulgada por el poderoso demagogo Diocles. El escaso éxito de la guerra sostenida en Oriente, y especialmente la derrota de Cizico, indujeron á los siracusanos á decretar en 410 la destitucion y el destierro de Hermócrates. El no menos desgraciado papel que desempeñó en 409 Diocles en Himera, infundió á aquel la esperanza de poderle derrotar, á cuyo efecto reunió en Mesana tropas y buques, reconquistó á Selinunte en 408, prosiguió desde allí con 5,000 hombres una campaña feliz contra la provincia cartaginesa, y supo conseguir que sus partidarios de Siracusa desterrasen á Diocles que ya habia caído en desgracia. Como el demos no se determinaba á llamarle de nuevo á la patria, se aventuró, finalmente, en 407 á penetrar por fuerza en la ciudad nativa, en donde encontró la muerte.

mócrates, y empleado á la sazón en su tribunal, se aprovechó de las acusaciones formuladas por los prisioneros agrigentinos contra los jefes siracusanos, cuya conducta habia sido, á su modo de ver, traidora, para formular una acusacion terrible contra ellos y contra los ricos ciudadanos de Siracusa, que trazaban planes oligárquicos. Aquel ardiente demagogo trabajó para que en las nuevas elecciones se le confiriese uno de los mas elevados cargos militares. Del mismo modo supo, apelando algunas veces á la violencia, captarse la pública simpatía en Siracusa y en Gela, no menos que el favor de las tropas mercenarias reclutadas para atacar á los cartagineses; y consiguió por último que se llamase á los desterrados partidarios de Hermócrates y que se le nombrase generalísimo del Estado, en cuyo cargo se atrajo á los soldados, gracias al doble sueldo que les concedió. Una nueva astucia le

proporcionó el derecho de rodearse de una guardia de mil hombres, y apoyado por esta y por un fuerte cuerpo de mercenarios á él adictos, apoderóse fácilmente de la tiranía, con gran contento de los siciliotas que, agobiados por la guerra, veían en él un nuevo Gelon. Despues se desembarazó en 405 de sus principales enemigos y contrajo matrimonio con la hija de Hermócrates.

Dionisio que á la sazón contaba 25 años, pudo restablecer la monarquía en Siracusa: en tal estado parecia sumamente útil que, en vez de una democracia insegura, hubiese en aquellos tiempos tan calamitosos un hombre que, revestido de todo el poder de un monarca, reuniese á los siciliotas y aprovecharse todos los medios de que podían estos disponer para atacar á los africanos; pero desgraciadamente Dionisio no correspondió á las esperanzas que en él se habian fundado. Léjos de ser un segundo Gelon, fué por desgracia simplemente el primero de aquellos representantes de la llamada *jóven tiranía*, que imprimió durante los dos siglos siguientes á la historia griega un carácter nuevo y poco satisfactorio. A pesar de sus relevantes cualidades, no fué mas que un advenedizo que, protegido por las masas y por los mercenarios y animado por un egoismo diabólico, que pronto destruyó las raíces de la antigua tiranía, gobernó, siguiendo los pasos de su afín oligarca en Grecia, el funesto Lisandro, á modo de brusco y desconsiderado déspota militar, y á menudo valiéndose de la fuerza, sin atender á los altos intereses morales y nacionales.

Cuando los cartagineses, despues de haber destruido á Acragas, llevaron la guerra al territorio de Gela y Camarina, no consiguió nada de provecho (405), y cuando salvó á los habitantes de ambas ciudades, llevándolos á Siracusa, sus antiguos amigos aristocráticos del partido de Hermócrates habian intentado en esta ciudad una sublevacion, maltratan-



Construccion del timon

tando mortalmente á su esposa, y proporcionándole así el pretexto de ejercer una cruel tiranía. Esta sedicion la sofocó Dionisio apelando á recursos sangrientos. Una terrible peste, como la que en otro tiempo salvó á Siracusa de los cartagineses, permitió en 404 á los siracusanos firmar con estos una paz no muy honrosa para el helenismo, pues en ella se estipulaba que la parte de Sicilia situada al Este de Himera y Selinunte y el territorio de los sicilianos debían quedar en poder de los cartagineses. Himera, Selinunte, Acragas ó Agrigento, Gela y Camarina debían perder sus murallas y pagar un tributo á Cartago; Mesana, Leontini y los sicelios quedaban libres y Dionisio era reconocido como principe de Siracusa.

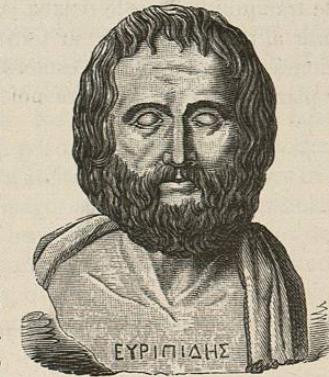
La Grecia, desde las ruinas de Himera hasta el Bósforo presentaba en el verano de 404 un aspecto desconsolador: la victoriosa paz de las potencias que, despues de 27 años de lucha y ceñida su frente de laureles, entonaban himnos de júbilo, habia sido comprada á excesivo precio. La fuerza comun del helenismo se habia debilitado considerablemente en todas partes: innumerables millares de hombres habian perecido en la guerra y las pérdidas materiales que habian tenido las potencias beligerantes y con ellas los bárbaros, ascendían á muchos millones de dracmas. La ferocidad que en la generalidad del pueblo habia creado aquella guerra civil de razas y de ciudades, era indescriptible y tremenda; pero las fuerzas de esta nacion tan favorecida por la naturaleza eran tan prodigiosas, que fué necesario un gran trascurso de tiempo para aniquilarla. Los medios con que contaba eran

tales que, aun entre las tormentas de la guerra podían desarrollarse los gérmenes de nuevos progresos. Lisandro habia echado los fundamentos para un nuevo florecimiento en Efe-so, gracias á los cuales nació en el año 408 la nueva ciudad que en el porvenir debía llegar á un alto grado de esplendor.

XXVII.—ARISTÓFANES. EURÍPIDES. SÓCRATES. MACEDONIA

Pero lo mas admirable de todo era la poderosa cuanto infeliz Atenas, donde, á pesar de las fatigas de una desastrosa guerra, se atendía aun con perseverante energía á los importantes intereses artísticos, religiosos, poéticos y científicos.

Ya hemos dicho anteriormente que la construccion del monumento artístico del Erecteo, que estuvo en suspenso durante los calamitosos años de 413 á 411, fué continuada despues de la batalla de Cizico, hasta su terminacion; de suerte que en 407 ostentaba ya sus eternas lámparas, precioso trabajo de Callimaco. En 406 un incendio causó perjuicios de consideracion á este templo, pero al poco tiempo fueron reparados. Y como Atenas, en la esfera política, continuó agitada por los partidos que desgraciadamente luchaban entre si, en vez de presentarse compactos contra los espartanos, conservó todavia por mucho tiempo en todo su esplendor la poesia, y especialmente la dramática. El «mal educado favorito de las gracias», el célebre Aristófanes, siguió incesantemente los grandes acontecimientos de su tiempo que se reflejaban en sus muchas comedias, caricaturados, ya en forma altamente poética, ya bajo un aspecto en extremo cómico, hasta que por fin sus «Ranas» (405) inauguran el paso á un período en que la escena no toma ya los argumentos de sus comedias de la alta política. La poesia trágica se desarrolla todavia con bastante riqueza; pues junto al gran Sófocles, quien como tipo ideal del arte dramática de Atenas, compartió los mas entusiastas aplausos de los atenienses con el colosal Es-



Eurípides

quilo, el valeroso guerrero de Maraton, antes y despues de una muerte que le sorprendió en avanzada edad, florecieron una serie de jóvenes poetas, en parte oriundos de la misma Atenas, en parte naturales de otras ciudades griegas, pero domiciliados en aquella; algunos de los cuales se conquistaron un puesto envidiable en la estimacion de sus contemporáneos, al paso que otros dieron ocasion á las sátiras de los cómicos. De todos estos trágicos de segunda fila, el tenido por mas célebre fué un joven contemporáneo de los dos últimos períodos de la guerra del Peloponeso, el rico, ingenioso, y educado retórica y sofisticamente Agaton, hijo de Tisameno.

En aquella misma época llegó á su mayor apogeo un poeta de primera fuerza, á quien la posteridad griega colocó junto á Esquilo y Sófocles, formando con ellos una trinidad casi



Sócrates

sagrada: tal fué Eurípides, que había nacido en la isla de Salamina en 480, es decir, cuando la victoria de Temístocles. Era hijo de una familia sumamente modesta, discípulo de Anaxágoras, amigo íntimo de Sócrates, y poeta de muy esclarecido ingenio. Su arte, contra el cual se esgrimió la amarga crítica de Aristófanes, pero que cada día fué ganando en mayor grado el favor del público, ennoblecía las mas grandes pasiones, reuniendo á una poderosa inventiva, una gran independencia, reflexion, filosofía y un excepcional ardor poético.

Eurípides que murió poco tiempo antes que Sófoles, terminó sus días en la macedónica Pella, á donde había sido llamado por el rey Arquelao, el cual aprovechaba el período de tranquilidad que le dejaba la guerra de Decelia, para civilizar al modo helénico su territorio por medio de construcciones de vías públicas, establecimiento de nuevas ciudades y plazas fuertes y perfeccionamiento de su ejército, y para con-

vertir su corte, trasladada de Egea-Edesa á Pella, en punto de reunion de los mas famosos helenos, á cuyo objeto se atraía á algunos artistas y poetas griegos. Sin embargo, este rey, cuyo amor á las artes era algo superficial, no pudo conquistar á un ateniense muy renombrado, representante de la mas depurada filosofía moral de aquel tiempo, el ya anciano Sócrates (nacido en 470), padre de la nueva filosofía, cuya fama entonces comenzaba á rivalizar con la de los poetas áticos, á la cual acabó por sobreponerse.

Con tales medios preponderaba todavía la combatida Atenas de un modo extraordinario sobre sus brutales enemigos y vencedores. Pero contra el fallo del dios de la guerra no cabía apelacion alguna. Las culpas de los atenienses y la fuerza mayor de sus enemigos habían destruido los últimos restos de las creaciones de Temístocles, Cimón y Pericles. ¿Qué mas podía pretender Esparta, rehabilitada desde entonces como única potencia del preponderante mundo heleno?

CAPÍTULO II

LA SUPREMACÍA DE LOS ESPARTANOS HASTA LA PAZ DE ANTÁLCIDAS

I. Nueva situacion de los espartanos.—II. Dominacion de los treinta en Atenas y levantamiento de Trasíbulo.—III. Restablecimiento de la democracia ática. Muerte de Sócrates.—IV. Guerra de los espartanos contra Elis. Agesilao, rey de Esparta.—V. Mercenarios griegos. Guerra promovida en Persia por el príncipe Ciro.—VI. Jenofonte y la retirada de los diez mil.—VII. Guerra entre Persia y Esparta. Caída de Lisandro.—VIII. Expedicion de Agesilao al Asia Menor.—IX. Gran levantamiento de los griegos contra Esparta. Muerte de Lisandro. Guerra beocio-corintia.—X. Regreso de Agesilao. Batallas de Nemea, Gnido y Queronea.—XI. Conon reconstruye las murallas de Atenas. *Mores* espartanas. *Peltastes* de Ificrates.—XII. Guerra en el istmo.—XIII. Antálcidas en Asia.—XIV. Guerra marítima. Paz de Antálcidas.

I.—NUEVA SITUACION DE LOS ESPARTANOS

Muchos eran los helenos que en una época en que no había ninguna escuadra ática, en que el odiado demos de Atenas permanecía encadenado á una guarnicion espartana y á una caterva de rudos oligarcas, creían firmemente que había entrado Grecia en una edad dorada de libertad y que el mundo griego iba á gozar de un período de tranquilidad por el cual tanto se había luchado. Esparta tenía que llevar á cabo una tarea tan improba como rica en esperanzas, demostrando ser un Estado suficientemente poderoso para conservar los millones de súbditos que en el mundo griego tenía. Cuando Lisandro, despues de haber sometido á Samos, hizo en el siguiente verano de 404 su entrada triunfal en Esparta, llevando consigo los buques áticos conquistados y un tesoro de 470 talentos, había llegado el Estado á un grado de poder, cual no había alcanzado nunca. Una sola palabra de un simple ciudadano de Esparta tenía en toda la Grecia fuerza de ley, no habiendo potencia alguna que no se viese obligada á temerla y respetarla.

Pronto comprendieron los helenos con horror que ni antes habían conocido á Esparta, ni despues habían comprendido hasta qué punto los espartanos habían modificado su antiguo carácter durante la guerra. Los espartanos se mostraron completamente ineptos para hacer de su nuevo poder mas que una soberanía violenta, brutal y egoista. Su alianza con Persia les impedía conservar, al modo ateniense, la independencia de las ciudades griegas del Asia, entregadas ignominiosamente en pago del auxilio recibido del rey persa. Los griegos vieron

claramente poco despues de haber sido derribadas las fortificaciones áticas, la trascendencia que para la Grecia tenía la desaparicion de una Atenas fuerte y libre, y el valor que podía darse á la nueva *libertad* bajo la dominacion de Lisandro. Entonces se ejercieron las mas brutales venganzas en aquellas comunidades que se habían mantenido durante algun tiempo fieles á Atenas, ó que, por mejor decir, no se habían unido con Esparta; y en todas partes se hablaba de los violentos, salvajes é infames manejos de los gobernadores lacedemonios, nombrados de entre las clases mas inferiores, no faltando algunos que pertenecían á la de los ilotas. Esparta no oponía defensa alguna legal contra tales atentados ni contra la terrible crueldad de la decarquía lisándrica, como acontecía antes en Atenas, en el Dicasterio del tan injuriado demos ático. Ya no se hablaba de las elegantes formas de los atenienses, ni de los goces artísticos, ni de las ventajas mercantiles de que los apóstatas aliados del pueblo ático habían disfrutado, gracias á su alianza con Atenas: solo se trataba del tributo que los antiguos amigos del Atica tuvieron que pagar á Esparta despues de la guerra. Algunos Estados de regular poderío, como Tebas y Corinto, fieles partidarios de Lacedemonia, vieron con desagrado que Esparta, cuando ya no necesitaba para nada de su auxilio, no daba importancia alguna á sus intereses, á sus deseos, ni á sus opiniones. En tales circunstancias, con el odio acendrado que en todas partes alimentaba el avasallado y maltratado demos contra Esparta y contra la oligarquía, levantóse una profunda y apasionada aversion hácia la supremacía de los espartanos, que pronto ocasionó grandes conmociones.

No sabían, sin embargo, los antiguos y los nuevos enemigos de Esparta que la fuerza interior del poderoso Estado se hallaba amenazada por su propio nuevo desarrollo. Los espartanos, para conseguir el aniquilamiento completo del poderío ático, y desde que habían recibido las lecciones del pérfido Alcibiades, se habían servido durante muchos años, y con creciente energía, de medios que hubieran sido llamados revolucionarios por sus predecesores; pero no se hizo esperar la reaccion producida por tales procedimientos. Los temores de los contemporáneos del vencedor de Platea, se convirtieron entonces en realidad: la disciplina espartana no regia sino en raros lugares, y solo, como había necesariamente de suceder y sucedía en efecto, cuando muchos ciudadanos se veían encumbrados, en la mayor parte del territorio, á los mas elevados puestos, desde donde hacían las posibles tentativas para sostenerse. Mucho mas que las costumbres, la necesidad de tener grandes sumas de dinero y de operar con ellas, contribuyó á corromper á los espartanos, entre cuyos hombres mas influyentes se había contraído, desde los tristes días de Pausanias, el fatal uso de introducir la corrupcion en las mismas leyes. El espanto de los antiguos conservadores de Esparta fué grande, cuando Lisandro, al regresar de su expedicion, estuvo, en vista del irrecusable progreso en la situacion dominante de Esparta, que se edificase un tesoro, para depositar en él los tributos que los aliados libertados de Atenas debían enviar á la nueva capital de Grecia.

II.—DOMINACION DE LOS TREINTA EN ATENAS Y LEVANTAMIENTO DE TRASÍBULO

De un modo mucho mas sensible debieron influir las prácticas altamente revolucionarias, con las cuales y á pretexto de la propaganda oligárquica se había minado la preponderancia de Atenas y su democracia. Esta influencia se iba haciendo cada vez mas poderosa. Por un lado, los elementos oligárquicos de Esparta disminuían extraordinariamente las pocas facultades que quedaban al poder monárquico; la disgregacion de la nauarquía de la competencia real y la sujecion de los harmostes á los eforos, eran buena prueba de ello. Por otro lado, la guerra y su direccion revolucionaria no podía seguir en manos de los miembros subordinados á Esparta, sin ejercer una influencia perjudicial. Como ni la constitucion ni la oligarquía espartanas se hallaban dispuestas á dar una organizacion al estado de cosas existente y á extender la base del poder del Estado dominante, extension tanto mas necesaria, cuanto que la larga guerra había disminuido mucho las filas espartanas, de aquí que se formara entre los ilotas y los periecos una tendencia cada vez mas hostil contra los «diez mil gobernantes» que fué robustecida por muchos de estos últimos. Cuanto menos había podido impedir la política sospechosa de los espartanos que con motivo de las necesidades de la guerra apareciesen nuevos intermediarios entre los espartanos y los vencidos laconios, tanto menos pudo evitar con sus artificios y cuidados que, á pesar de la estructura social del Estado, contradictoria por naturaleza, se introdujese una notable desigualdad en la posesion de bienes entre los mismos espartanos. Mas aun; habíase formado gradualmente una ruda y hostil antipatía entre los orgullosos homeos y el número no escaso de ciudadanos que por su pobreza no habían podido ingresar en la sicicia, y se hallaban por lo tanto excluidos de participacion en la alta vida del Estado.

Esparta tenía entonces un hábil reformador, dotado de grandeza real, de profunda penetracion, de extraordinaria fuerza y de un entusiasmo lleno de atractivos, capaz de dominar los peligros y dificultades que nacían y se alimentaban ocultamente en las mejores partes del Estado, y de llegar á una

soberanía provechosa para el mundo griego. Mas, por desgracia, el grande hombre de Estado, Lisandro, que no pensaba en tales reformas, había llegado á declararse en oposicion con el antiguo orden de cosas. El extraordinario poder de este hombre, que tenía en sus manos las riendas de todo el oligarquismo griego, se oponía á todas las costumbres espartanas. La enemistad que se formaba, por consecuencia, entre él y los antiguos poderes legales del Eurotas, le llevó á un camino revolucionario, á cuyo término solo podía encontrarse la tiranía. La envidia que los reyes y los eforos tenían de su poder; contribuyó á destruir muy pronto una parte de sus orgullosas creaciones y á debilitar notablemente la preponderancia de Esparta en Grecia, preponderancia que á él era en gran parte debida.

Esto se vió mas claramente en el año 403, cuando en Atenas levantó de nuevo su cabeza la democracia. El gobierno de los treinta, formado provisionalmente en el verano de 404, había pasado muy rápidamente. No se había pensado en bosquejar la nueva constitucion: púsose en práctica un poder desconsiderado; no se formó la Iglesia; se acabó con los tribunales jurados y con el Areópago; se confirieron á personas adictas los restantes cargos y las funciones de miembros de la Bula, que tenían jurisdiccion criminal; se puso el Pireo bajo la direccion de un colegio compuesto de diez individuos que, protegido por la nobleza jóven y por las tropas enemigas de la ciudadela, se propuso por sistema la persecucion de cuantos eran contrarios, ó sospechosos, ó incómodos para la oligarquía. Los destierros, confiscaciones y ejecuciones estuvieron en Atenas al orden del día. El hombre mas importante que eludió la venganza y el temor de los treinta, apoyado por los enemigos que tenían en Esparta y por la corte del príncipe de Sardes, fué Alcibiades, el cual, despues de la victoria completa de los espartanos, se había puesto bajo la proteccion del príncipe Farnabazo y había acabado por trazar un plan con objeto de descubrir al nuevo rey Artajerjes II, Mnemon, que gobernaba en Susa desde fines del año 405, los propósitos subversivos de su hermano Ciro, y de atraerse luego su apoyo para Atenas. Por esto se vió Farnabazo obligado, siguiendo á lo que parece las órdenes recibidas de Susa, á dar la muerte á su huésped en la ciudad frigia de Melisa, durante el viaje que hizo en 404 á Susa.

La dominacion oligárquica entró rápidamente en las vías de un terrible sistema sanguinario, cuyo carácter iba empeorando cada vez mas, hasta que el Lisandro ático, el hombre mas importante y el mas desconsiderado reaccionario del partido, en una palabra Critias, acusó ante el consejo á su colega Terámenes, le condenó por sí mismo á muerte en vista de la indecision de sus compañeros, y mandó ejecutarle en el acto. Terámenes experimentó esta desgracia porque, temiendo las consecuencias de un tal terrorismo, quería emprender un camino mas moderado, y había aconsejado la creacion de una burguesía mas numerosa que la que había, y que contra su parecer se hallaba entonces reducida á 3,000 hombres. Nuevos destierros, innumerables confiscaciones, la venta de los arsenales con obligacion de demolerlos y todo un sistema de destruccion llevado á cabo cada vez con mas violencia, acabaron con cuanto se había hecho en una gloriosa historia de cien años.

En tales circunstancias, reuniéronse en las grandes ciudades vecinas un gran número de desterrados y fugitivos áticos: el odio á los treinta y la oposicion contra Esparta habían llegado á fines de 404 á tal punto, que no solo Argos, antigua aliada de Atenas, sino la misma Tebas, su acérrima enemiga, hicieron caso omiso de la prohibicion que les habían impuesto los espartanos de dar asilo á los fugitivos. Los mas atrevidos de estos, mandados por el célebre general Trasíbulo y